

Gustavo, sin embargo, tiene una aclaración para hacer en este punto. La hizo luego de que declinara, casi como un acto reflejo, la oferta para hablar con mi abuelo muerto, algo de lo que después la curiosidad me haría arrepentirme.

Quizá lo que dijo entonces el hechicero haya sido motivado por su deseo de romper mi evidente escepticismo.

—Yo vine con mil espíritus, que me acompañan siempre —me contó en el primer encuentro, después de guardar definitivamente el péndulo/alicate en su bolsillo—. Es que en otras vidas soy otras personas. Soy el hijo de Jesucristo y del emperador romano Marco Aurelio.

Putin, Trump, Conan, Milei y también mil espíritus, todo en una misma historia. Tuve que decidir rápido. Aunque la puerta que abría la aparición de un descendiente de Cristo prometía ser interesante —hasta el momento, la tradición cristiana no reconoce la existencia de un nieto de Dios—, era el otro personaje el que más prometía.

Es que no era la primera vez que escuchaba sobre la influencia del Imperio romano en la vida de Milei.

Marco Aurelio gobernó Roma desde el año 160 hasta el 181, en un momento todavía de poderío de aquel imperio. Pasó a la posteridad en especial por *Meditaciones*, un libro de reflexiones que escribió con su propia mano, y también por el personaje que interpreta Richard Harris en la famosísima película *Gladiator*. Sin embargo, casi dos mil años después, en Floresta un señor mayor—que seguramente haya visto el filme más que leído el libro—venía a aportar otra visión: que aquel emperador había reencarnado en el hechicero de Milei. O viceversa, y esto no es una manera de decir. El hombre sostiene que hay veinticuatro realidades temporales paralelas que transcurren al mismo tiempo. Se trata de una idea que el propio Milei deslizó cuando, ya como presidente, declaró en una entrevista en los Estados Unidos que venía “del futuro”.

Gustavo me contó en aquel bar lo mismo que le había contado a Milei en una noche fresca a la salida de Mar del Plata, cuando

este, después de tirar las cenizas de Conan al viento costero, que
saber de dónde se conocían:

—Yo soy Marco Aurelio y Javier es un general de mi ejército.

* * *

La encrucijada romana, tópico que luego el gobierno de Milei
tomó de varias maneras y en varias oportunidades, es el lugar don
de aparecen los interrogantes más grandes acerca de la relació
entre el hechicero y su protegido.

Según el relato que hace Gustavo o, mejor dicho, Marco Aure
lio, los dos se conocieron en un lugar clave para la historia occi
dental moderna. Ni más ni menos que en el Coliseo romano. Ahí
dos mil años atrás, se enfrentaron un gladiador y un león: Javier
Milei, en otra vida, y Conan, también en otra forma.

Cuando la batalla estaba en un punto cúlmine, cuando el hu
mano y el animal estaban listos para matar o morir, sucedió un
milagro que evitó un desenlace trágico. Gustavo asegura que él, en
su versión emperador, frenó la contienda, impresionado por la
fuerza de los luchadores, y los reclutó a ambos en sus filas. Enton
ces comenzó una relación estrecha que tuvo otro capítulo en la
segunda década del siglo XXI en la Argentina, cuando Marco Au
relio fue a buscar a su general para notificarlo sobre su misión
presidencial. Una curiosidad, o quizá todo lo contrario: Milei, ya
como presidente, conoció el Coliseo junto a su hermana, en un
evento cerrado y de noche para ellos dos.

Sin embargo, hay otra versión. Es una que el libertario les contó
al que en un momento era su grupo de amigos y luego a otras per
sonas de su espacio: a ellos les decía que quien había frenado la si
tuación a tiempo había sido el mismísimo Dios, señal ineludible del
plan divino que gladiador y león tendrían luego de miles de años.

Las diferentes versiones sobre Conan, Milei, Marco Aurelio,
Dios y el Imperio romano quizá no sean contradictorias. Tal vez
sean parte del mismo relato, producto de la mezcla idiosincrática
tan particular que suele hacer Milei, donde cristianismo, judaísmo
y elementos esotéricos y perrunos se mezclan con facilidad y de
acuerdo con las circunstancias.

De cualquier manera, las grandes dudas no pasan por ahí. El primer misterio es evidente. ¿Está Gustavo inventando toda esta historia? De ser así, tendría que ser un agudo consumidor de noticias acerca de Milei. Los relatos sobre la creencia de Milei de haber sido un gladiador en otra vida los conocían su pequeño grupo de amigos y quizá una veintena de personas más. Solo llegó a una nota periodística en *La Nación* de la mano de Hugo Alconada Mon —“Javier Milei, el candidato místico obsesionado con el dólar”— en noviembre de 2023.

¿Gustavo leyó ese texto y guardó la información durante meses para contarme luego un relato ficcionado? ¿O, por el contrario, realmente cree en todo lo que dice? Hay otra duda que aparece. ¿Por qué dice haber sido él el emperador y Milei su general? ¿Qué quiere sugerir cuando se pone arriba del libertario en el escalafón de poder?

Sin embargo, el asunto que verdaderamente pone toda lógica a prueba es otro.

—Javier es un gran general. Lucha con cinco leones atados a su brazo izquierdo. ¿Sabés lo difícil que es pelear con cinco leones en un brazo? —me pregunta, sin que yo sepa responderle—. Por eso, cuando hizo clonar a Conan le dije que para triunfar en su misión necesitaría sí o sí cinco perros, que son sus animales de poder, los que le dan poder.

Gustavo se refiere al proceso que encaró Milei cuando se dio cuenta de que el final de su perro se aproximaba.

La autoría de la idea de la clonación de Conan —que su “padre” definió como una forma de “acercarse a la eternidad”— está todavía en disputa. José Luis Cordeiro, un académico venezolano que sostiene que el humano está cerca de vencer a la muerte y que con esta idea como bandera entabló una relación con el libertario diez años atrás, asegura haber sido él quien primero le habló del tema. Otros, en cambio, identifican al científico Daniel Salomone como el instigador, gesto por el cual Milei habría quedado tan agradecido que luego lo pondría al frente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Del resto de la historia, en cambio, hay certezas.